

# La fuerza silenciosa del Ebro

**H**AY territorios que han hecho de la discreción una forma superior de inteligencia histórica. Navarra y Aragón pertenecen a esa categoría rara de espacios que no necesitan impostar grandeza porque la han ejercido durante siglos en la práctica cotidiana de la política, la economía y la cultura. Su influencia no se ha construido desde la exaltación retórica, sino desde una ética del trabajo, del orden institucional y de la responsabilidad colectiva que ha contribuido de manera decisiva a la estabilidad de una amplia región del valle del Ebro. Recorrer ese eje geográfico e histórico permite comprender algo esencial: no se trata únicamente de un corredor fluvial, porque el Ebro no separa; articula. A su alrededor se ha consolidado una cultura de la continuidad, de la adaptación y del equilibrio que ha evitado tanto el maximalismo político como la fractura social. Navarra y Aragón, cada una con su singularidad institucional y su densidad histórica, han sido piezas clave en esa arquitectura de estabilidad.

Desde una perspectiva histórica rigurosa, ambos territorios representan dos tradiciones políticas complementarias. Navarra, con su sistema foral, encarna una de las formas más sofisticadas de articulación entre autonomía institucional y pertenencia a una comunidad política más amplia. Aragón, por su parte, fue uno de los grandes núcleos jurídicos y políticos de la Corona de Aragón, con un peso decisivo en la configuración del derecho pactista medieval y en la expansión

mediterránea de la Corona. En ambos casos, la clave no ha sido la ruptura, sino la capacidad de integrar identidad y estructura común.

Esa inteligencia institucional ha tenido su reflejo en una producción intelectual de primer orden. En Navarra, figuras como Martín de Azpilcueta representan una de las cumbres del pensamiento económico premoderno: su análisis sobre la relación entre masa monetaria y nivel de precios anticipa intuiciones fundamentales de la teoría cuantitativa del dinero. La tradición humanista navarra se inscribe así en el núcleo

---

---

José Miguel Sánchez

Salamanca, donde economía, teología y derecho se entrelazan en una de las síntesis intelectuales más influyentes de Europa.



Aragón, por su parte, ofrece una genealogía intelectual que combina ética, estética y pensamiento político. Baltasar Gracián eleva el concepto de prudencia a categoría filosófica central en su Oráculo manual y arte de prudencia, una de las obras más depuradas del pensamiento barroco europeo, donde la inteligencia se entiende como arte de la estrategia vital. Francisco de Goya, desde otra dimensión, introduce una modernidad visual que rompe con la representación idealizada de la realidad y abre la puerta a una lectura crítica de la condición humana, anticipando sensibilidades contemporáneas. Y Joaquín Costa, con su

regeneracionismo, articula una de las críticas más lúcidas al atraso estructural de España, proponiendo educación, reforma institucional y modernización agraria como ejes de transformación.

Este sustrato intelectual no es un accidente biográfico, sino la expresión de una cultura histórica que valora el conocimiento práctico, la observación de la realidad y la disciplina del pensamiento. Navarra y Aragón han producido menos retórica y más densidad; menos grandilocuencia y más eficacia conceptual. Esa diferencia no es menor: define un estilo de civilización.

En el plano económico y social, esa misma lógica se traduce en estructuras productivas estables y diversificadas. Navarra ha desarrollado un modelo industrial altamente competitivo, con fuerte componente tecnológico y energético, apoyado en instituciones fiscalmente eficientes y en una cultura empresarial sólida. Aragón, con su posición estratégica, ha consolidado un eje logístico-industrial de primer nivel, donde la interconexión entre infraestructuras, industria y energía configura uno de los espacios más dinámicos del interior peninsular. El corredor Zaragoza-Pamplona no es solo una realidad geográfica, sino una evidencia de complementariedad estructural.

Pero reducir todo ello a indicadores económicos sería empobrecer su significado. Lo verdaderamente relevante es la coherencia entre historia, instituciones y cultura cívica. Navarra y Aragón han mantenido una relación madura con su propia identidad: fuerte, consciente, pero no excluyente; orgullosa, pero no instrumentalizada. En

tiempos en los que la política tiende a simplificar y polarizar, esa actitud constituye un activo intelectual de primer orden.

Ambos territorios representan, en definitiva, una forma de racionalidad histórica basada en la moderación activa: no la pasividad, sino la capacidad de construir sin necesidad de destruir. No la neutralidad, sino la inteligencia de la proporción. Esa es su verdadera singularidad en el conjunto de las tradiciones políticas europeas.

Desde esa perspectiva, su papel futuro no es accesorio ni secundario, sino estructural. La consolidación de espacios de cooperación en el valle del Ebro no responde a una lógica sentimental, sino a una racionalidad económica, institucional y cultural evidente. Allí donde existe continuidad histórica, estabilidad institucional y capital humano cualificado, existe también capacidad de liderazgo. Quizá por eso Navarra y Aragón encarnan una idea poco frecuente en el debate contemporáneo: la de que la fuerza no siempre se expresa como afirmación estridente, sino como solidez persistente. Y que la verdadera influencia no necesita proclamarse, porque se reconoce en sus resultados.

Como escribió Baltasar Gracián, en una formulación que parece condensar toda esta tradición: “Lo bueno no es lo bueno si no es bien hecho”. En esa exigencia de perfección discreta, de rigor sin alarde y de grandeza sin estridencia, se reconoce la huella más profunda de Navarra y Aragón.

**José Miguel Sánchez Muñoz.** Director General. Cámara de Comercio, Industria y Servicios de Zaragoza.